

*Tentando al  
Demonio*

*Hilda Rojas Correa*



## Capítulo I

Somerton, 22 de agosto de 1840.


Thomas Croft se encontraba solo en la biblioteca de Somerton Court. Era de noche y estaba cansado, lo demostraba su postura sobre el sillón orejero; los seis pies de alto de su recia humanidad estaban desparramados sobre el mueble. Abstraído, contemplaba el líquido ámbar de su copa, balanceándolo con pereza a la luz dorada de las velas que iluminaban parte de la estancia.

A esas alturas de la celebración, no le importaba si el contenido del vaso era whisky, ron o coñac. No obstante, tampoco tenía ganas o estómago para averiguarlo, solo le gustaba tener las manos ocupadas, hacer algo, aunque fuera banal.

Parpadeó, los destellos del cristal los veía emborronados, como si alguien hubiera pasado los dedos por los haces de luz, y no era por estar ebrio; su resistencia —o sabiduría etílica— era encomiable. No, su visión era la defectuosa. Era una sensación bastante incómoda. Las gafas que usaba desde los veinte años solo le permitían ver un poco mejor, pero no mejoraban del todo su padecimiento. Esos cristales montados en un armazón dorado, le conferían un aspecto serio o, incluso, anodino, el cual daba una concepción errónea de su forma de ser.

Asunto que Thomas prefería que fuera así, hasta que él decidía mostrarse tal como era, o no.

Río para sus adentros, le encantaba ser un lobo con piel de oveja, tal como su padre, Michael Martin, el duque de Hastings. No compartían la



misma sangre, sin embargo, ese hombre sí se merecía el honor de ser llamado con ese apelativo, en vez de quien lo engendró: Alexander Croft, conde de Swindon, el cual fue cualquier cosa, menos una buena persona.

De todas formas, él se sentía agradecido de no heredar el mismo nombre y rostro que su progenitor. Thomas era una versión masculina de su madre, y solo por eso, ya se sentía bendecido. El estigma que había dejado Alexander Croft no fue evidente en el aspecto físico, pero sí dejó huellas en los corazones de él y su hermano, Alec.

Había cosas que él jamás repetiría del antiguo conde; no fornicaba como si el mundo se fuera a acabar, no apostaba más de lo prudente, no golpeaba a mujeres y niños, no robaba y se había asegurado de no convertirse en un alcohólico.

Sonrió. Sí, en ese momento estaba un poco ebrio. Aun así, esa situación no se repetía más que un par de veces al año, y procuraba estar consciente de sus actos, sin sus sentidos embotados. Thomas podía estar doce horas bebiendo sin emborracharse, siempre y cuando no cometiera el error de vaciar su copa en un minuto, por lo que un simple trago podía durarle hasta una hora en sus manos.

No le gustaba perder la voluntad y el alcohol solía arrebatársela con facilidad.

A sus oídos llegaba el sonido amortiguado de una fiesta que llegaba a su fin. La mitad de los invitados ya se había retirado a descansar en la posada del pueblo, otros, con más suerte, estaban alojando ahí mismo, en Somerton Court, el hogar de su primo Frank, marqués de Somerton, quien ya debería estar disfrutando de su luna de miel, al igual que su otro primo, Ernest, el hermano de Frank.

Fue una maldita boda doble.

De todos los escenarios imaginables, ese nunca se cruzó por su cabeza. Ya todos habían asumido que Frank jamás se casaría, y que Ernest, tarde o temprano, sería quien daría los herederos del marquesado de Somerton.

Pero la vida, a veces, daba sorpresas, y muy gratas.

Frank y Ernest eran sus compañeros, sus primos y más que eso, sus mejores amigos. Thomas se sentía feliz por ellos, quienes habían encontrado el amor, estaban formando sus familias. Se veían tan ridículamente enamorados y completos con sus esposas, que llegaba a dar envidia.

De pronto, Thomas se sintió inquieto. Desechó esa absurda sensación.

—Sabía que aquí estarías, hijo. —La cálida voz de Michael, su padre, le ayudó a eludir ese sentimiento—. Supongo que estás decidiendo si vas a dormir en la biblioteca, o no —comentó, al tiempo que se sentaba en el sillón que estaba al frente del de su hijo—. Sé que no hay habitaciones disponibles aquí y en la posada. —Rio—. Nosotros alcanzamos apenas. Estamos apretados en dos habitaciones; a Margaret le tocó compartir la cama con Laura y Charity. Esas dos no dejarán dormir a tu madre con su incesante cacareo. Alec, Lawrence y Gabriel están en otra. No suporté sus ronquidos.

Esos tres son demasiado para mí.

—Yo diría que no puedes dormir sin mamá al lado tuyo, pero te concedo lo de los ronquidos. Mis queridos hermanos son verdaderas locomotoras de vapor —convino—. Por mi parte, puedo dormir hasta en el suelo si me da la gana —agregó Thomas, despreocupado—. Aunque hoy prefiero el diván, me colgarán las piernas, pero da igual —agregó, apuntando el mullido mueble.

—En ese caso, le diré al ama de llaves que nos traiga mantas y almohadas. Reclamo para mí este sillón.

Ambos rieron del mismo modo, y se prolongó un breve silencio. Michael, un tanto ansioso, se acomodó las gafas —padecía de miopía— y suspiró. Era tarde, pero tenía que salir de dudas:

—¿Qué tan terrible están las cosas en la fábrica?

—Sabía que en algún momento me lo preguntarías.

—La carta de John me dejó preocupado.

—No era para menos, él tenía motivos contundentes, por eso tardé en llegar. Revisamos los balances de tres años para cotejar. La producción de Shaw y compañía ha ido bajando desde hace un año, y ya lleva cuatro meses en números negativos —respondió sin vacilar.

Su trabajo era ese, asesorar e invertir en diversas áreas de producción. No era un aristócrata que solo centraba su fortuna en tierras y agricultura.

Esa visionaria forma de administrar el condado la había aprendido de Michael, cuando Thomas, a temprana edad, era el nuevo, arruinado y endeudado conde de Swindon.

—Maldición —masculló Michael—. ¿Cuál es tu opinión?

—Puede que se trate de una mala gestión. —Thomas se enderezó, y se inclinó hacia su padre—. Pero me parece todo tan extraño. Bernie Shaw siempre fue confiable y estable en su labor.

—Sí, intachable. Tengo que hacerle una visita pronto y ver ese asunto. A mí también me parece rara la situación. —Michael se metió las manos en los bolsillos y comenzó a cavilar—. Tal vez si acomodo mi agenda... John me va a matar... Por Zeus, tengo tanto trabajo —masculló y se pellizcó el puente de la nariz—. El ducado ha sido más duro de lo que imaginé... Mi papá lo hacía ver tan fácil.

—El abuelo Albert tenía esa capacidad... Lo extraño mucho —reconoció Thomas. A pesar de que habían pasado seis meses, todavía se sentía demasiado reciente su pérdida.

—Yo también, hijo. —Michael sonrió con una nota de melancolía, todavía sentía ajeno el título de duque de Hastings.

Se cernió un silencio colmado de recuerdos.

—Yo iré —decidió Thomas.

—¿Estás seguro, hijo? Lancaster está bastante lejos.

—Claro que estoy seguro, yo no tengo un escaño en el Parlamento con el cual lidiar. Mis asuntos están en orden y Alec puede atenderlos en

caso de que sea necesario. No tengo inconveniente en dedicarles tiempo a tus inversiones. El cincuenta por ciento de esa fábrica es tuyo, y siempre ha sido una fuente constante de ganancias. No tiene gracia que se vaya a la quiebra sin saber más allá del informe contable. ¿No te ha escrito Bernie?

—Sí. Me había comentado que la situación de la fábrica era complicada pero pasajera. Me prometió que lo resolvería.

—Tal parece que no está logrando levantar cabeza. —Sonrió, pero había un tinte de malicia en sus labios—. Haré una visita sorpresa. Redactemos un documento en el cual me nombras como tu representante legal, y con eso me presentaré ante Bernie. Partiré pasado mañana, no debemos perder tiempo en este asunto.

—Muy bien. —Michael se levantó y se estiró de un modo muy poco aristocrático—. Gracias, hijo.

—Nada de «gracias, hijo». Preocúpate mejor de no trabajar en exceso, porque quiero que vivas muchos años —desestimó con un tono severo—. Laurie puede y debe relevarte en algunas tareas del ducado, es hora de que se ponga a trabajar en serio, es tu heredero.

—Dios, ¿tan viejo estoy? Mi hijo ya me está amonestando.

Thomas puso sus ojos en blanco.

—No estás viejo, papá. Solo estoy puntualizando que Lawrence es capaz de tomarse las cosas en serio y ser un casanova al mismo tiempo. Él es de todo, menos estúpido. Has sido un poco indulgente con él. —Michael iba a abrir la boca para replicar, pero Thomas alzó su dedo índice para terminar su argumento—. Sé que no es a propósito y has trabajado mucho. Tienes que compartir tu carga con quien será el siguiente duque.

Michael se quedó mirando a su hijo y se dio cuenta de que tenía razón. Thomas siempre había sido muy maduro, pese a que se empeñaba en mostrarse como un tipo despreocupado.

Le desordenó los ondulados cabellos castaños a Thomas, y luego le palmeó la mejilla que ya estaba áspera por la incipiente barba y sus anchas patillas.

—Estoy muy orgulloso de ti, ¿lo sabías?

Thomas solo sonrió. Lo sabía.

Él también estaba orgulloso de su padre.



Días después, Thomas estaba frente a la puerta de acceso a la administración de la fábrica de algodón Shaw y compañía, la cual estaba en un pequeño edificio, separada de la fábrica en sí. En el condado Lancashire, aun cuando quedaba todavía un mes de verano, ya mostraba señales del próximo otoño; el cielo estaba gris, con nubes aglutinadas que amenazaban con lluvia.

El viaje del día anterior tardó menos de lo presupuestado, incluyendo el viaje en carruaje desde Somerton a Bristol, ciudad donde se ubicaba la nueva estación de ferrocarril. Desde ahí hasta Lancaster, Thomas tardó poco más de seis horas. Cansado, buscó una posada y durmió doce horas.

Thomas agradeció no haber hecho ese viaje el año anterior, imaginó ir en carruaje y ya le dolía el trasero.

A la luz pálida de la fría mañana, la fachada de Shaw y compañía era impecable, y la estructura del edificio de tres pisos, enorme, moderna y robusta. Al lado izquierdo de la construcción estaba el canal Lancaster, el cual alimentaba los intrincados engranajes y correas de las máquinas textiles, con su constante e inacabable energía hidráulica.

Toda una oda al ingenio humano.

La fábrica, según él tenía entendido, era la penúltima de una hilera de seis que se situaban a lo largo del canal, el cual atravesaba de norte a sur, por el linde este de la zona urbana de la ciudad.

—Al menos esto no es *Algodónpolis* —agradeció Thomas en un murmullo, refiriéndose a Manchester. En Lancaster el aire era mucho más respirable y el ruido menos ensordecedor.

Tomó la aldaba de la puerta, golpeó tres veces y esperó.

Al poco rato la puerta se abrió, revelando a una joven mujer, hermosa, delgada y de cabellos castaños, quien abrió los ojos con cierta sorpresa, la cual, en un segundo pasó a la renuencia. Thomas supuso que era la secretaria de Bernie.

—Buenas tardes, señorita —saludó Thomas tomándose el ala de su sombrero—. Soy Thomas Croft, el nuevo representante legal de lord Hastings —saludó, omitiendo por completo su título y parentesco con su padre. Le entregó una tarjeta sencilla, escrita a mano—. Necesito entrevistar-me con el señor Bernie Shaw. Urgente.

La expresión de la mujer pasó de nuevo a la sorpresa y compuso, con dificultad, una sonrisa amable.

—Buenos días, señor Croft. Por aquí, por favor. —La mujer abrió más la puerta y lo dejó entrar—. Veré si lo puede atender.

—Muchas gracias.

Tras pasó el umbral y entró de inmediato a una sala de recepción, donde había un sillón, una mesa de centro con un cenicero y un florero. Al fondo de la estancia estaba el escritorio de la mujer, pulcro y ordenado y, al lado de este, la puerta que daba a la oficina cuyo letrero decía «Bernie Shaw - Gerencia y Administración».

—Anunciaré su llegada, deme un momento —dijo la secretaria. Thomas se quedó de pie al medio de la estancia.

La mujer golpeó la puerta y, sin esperar respuesta, entró.

Thomas alzó las cejas, esperaba, al menos, escuchar la típica voz de un administrador orondo y cascarrabias diciendo «¡Qué!».

Se encogió de hombros y estudió un poco más el lugar. Estaba limpio,

ordenado, olía bien y el fuego de la estufa a leña temperaba bien el lugar, sin llegar a sofocar. Se escuchaba el ruido ahogado de la fábrica. Se acomodó los lentes, subiéndolos un poco más sobre su nariz.

El intempestivo sonido de la puerta al abrirse le hizo salir de su ensimismamiento.

—Pase, por favor —solicitó la secretaria—. Bernie lo recibirá de inmediato.

—Gracias, señorita —respondió Thomas. Qué cosa tan rara que una secretaria se refiera a su jefe de un modo tan familiar.

Thomas cruzó el umbral de la puerta.

No pudo evitar fruncir el ceño.

Una mujer joven de cabellos castaños claros, muy parecida a la secretaria, presidía la oficina y lo miró a los ojos con gesto insondable. Aquello lo pilló del todo desprevenido y se quedó plantado en el quicio de la puerta.

Tras un par de segundos de mutismo, parpadeó, volvió en sí. No, no era un sueño, pero se sentía como si lo estuviera.

—¿Be-Bernie Shaw? —balbuceó.

Thomas, molesto consigo mismo por su tono vacilante, frunció más su cejo.

—Así es, señor Croft —respondió la mujer con una sonrisa tirante—. Por favor, permita que Georgie cierre la puerta —indicó con suficiencia, y miró a su secretaria—. Tráenos té, si fueras tan amable, querida.

Thomas avanzó un paso sin cuestionar, y la puerta se cerró detrás de sí. Bernie se levantó y ofreció su mano, que quedó suspendida por largos segundos.

Bernie lo miró a los ojos, desafiante, sin retirar su mano. Thomas estaba todavía dilucidando si el momento era real. Ella lucía un vestido de magnífica calidad, tanto en la tela como en la hechura, sin duda, a la medida. No importaba que fuera de color marrón para hacerle ver mayor. Era muy joven, tanto como la secretaria. Su altura tampoco ayudaba demasiado, si bien era bastante alta, su figura era delicada.

¿Cuántos años tenía Bernie Shaw? ¿Veinte? ¡No, imposible!

¡Al demonio!

Avanzó un par de pasos más, al tiempo que se quitaba el sombrero y lo colocaba bajo el brazo que portaba el maletín, acto seguido, procedió a estrechar la mano de Bernie Shaw.

Firme, cálida, femenina y segura. Thomas la sintió diminuta, mas no débil.

—Vaya, eso sí fue una sorpresa —señaló Bernie con una pizca de ironía en el tono de su voz—. Tardó menos de lo esperado en saludar como se debe... Es un placer conocerlo, señor Croft.

—El placer es mío —respondió Thomas por mero reflejo.

—Tome asiento, por favor —ofreció. Un inquietante silencio se cernió entre ellos. El señor Croft la miraba como si ella fuera un unicornio. Sin

embargo, no había censura en su expresión—. Me gustaría tener mi mano de vuelta, señor.

Thomas, saliendo de su perplejidad, miró su mano que todavía encastraba la de Bernie.

La soltó como si fuera un hierro al rojo vivo.

—Perdón, mis disculpas... Estoy bastante...

—Entiendo, no se moleste —interrumpió, al tiempo que se sentaba e instaba a Thomas, con un gesto, a que hiciera lo mismo frente a ella. Él acató la orden, dejando el maletín en el suelo y el sombrero en una silla vacía que estaba a su lado—. Soy la única gerente y administradora de una fábrica en toda Inglaterra. En general, cuando me ven por primera vez, todos tienen la misma reacción, mas usted se lo ha tomado de mejor manera. Estoy acostumbrada a reacciones más viscerales y menos educadas.

—Lord Hastings nunca me dijo que usted era mujer —logró articular Thomas.

Bernie sonrió.

—Lord Hastings es un hombre muy particular. Hace quince años in-virtió en esta fábrica cuando mi padre, Bernard Shaw, empezaba el negocio.

»Lamentablemente, mi padre falleció hace cinco años y me dejó al mando. No confiaba en nadie más para ejercer este cargo. Estuve a su lado desde una tierna edad, por lo que conozco el negocio a la perfección. El duque, como accionista mayoritario, no objetó la decisión —explicó Bernie, relajada.

«Con razón mencionó a Bernie y no a Bernard. Tienen casi el mismo nombre, maldita sea», rumió Thomas internamente. No sabía si su padre había obviado ese detalle a propósito.

En ese instante, golpearon la puerta y Georgie entró portando una bandeja. Sirvió dos tazas de té con habilidad y elegancia, delatando que no era una señorita cualquiera, tenía modales de una dama.

Bernie agradeció a Georgie con una cariñosa sonrisa. El parecido entre ambas señalaba, inequívocamente, que eran hermanas.

—¿Mellizas? —preguntó Thomas, dándose cuenta de que lo había dicho en voz alta. Maldijo en su fuero interno por su torpeza. Georgie le entregó la taza—. Gracias —dijo al recibirla, y negó el azúcar con un gesto.

Georgie le ofreció el azúcar a su hermana.

—Yo soy la mayor, tenemos una diferencia de dos años —respondió Bernie, mientras le echaba un par de terrones de azúcar al té. Revolvió sin hacer el menor ruido en la taza, no probó el té, solo dejó la cuchara en el platillo.

Tal como lo hacen las señoritas de alcurnia.

A Thomas le dio la impresión de estar en un salón de Londres, disfrutando de un té con dos damas, en vez de estar en la administración de una fábrica de algodón.



No se sentía él mismo. Las cosas no se estaban desarrollando como había anticipado.

Ni de lejos.

Georgie los dejó a solas. Bernie bebió un sorbo de té. Dejó su taza frente a ella y entrelazó sus dedos. Lo miró directo a los ojos. Thomas, sin dejarse amedrentar por ese escrutinio, no bajó la vista.

Marrón. No, más claros, los ojos de ella eran castaños.

Bernie se aclaró la garganta, rompiendo el contacto en primer lugar.

—Bien, señor Croft. Antes de ir al asunto que lo trajo hasta aquí, y disculpe mi desconfianza, quisiera saber si usted es quien dice ser —cuestionó, volviendo a beber un sorbo de té.

Thomas respondió llevándose el maletín a sus rodillas, y extrajo de su interior una carpeta. Se la ofreció sin decir una palabra.

Bernie la recibió y la abrió. Se reclinó levemente en el respaldo de la silla y leyó en silencio. Thomas aprovechó el momento y se dedicó a estudiarla a conciencia.

Sus rasgos eran suaves y juveniles en esa tez alba y casi inmaculada, que era salpicada por tres lunares que parecían estar distribuidos de manera estratégica. Uno en el costado inferior del ojo derecho, otro al lado derecho de su pequeña nariz, y el último, justo sobre en la esquina superior izquierda de sus labios rosados y carnosos. Casi podría ser una muñeca, salvo que su peinado no era una fantástica cascada de rizos. Tal parecía que solo lo desenredaba y lo confinaba en un práctico moño bajo.

El sonido de ella tomando una honda inspiración, le hizo desviar la vista, justo a tiempo, hacia su taza de té.

—Bien, todo está en regla, señor Croft —concluyó Bernie, y le devolvió la carpeta a Thomas—. Ahora dígame, ¿a qué le debo el inmenso placer de su visita?

Al fin, Thomas sintió que las cosas tomaban un rumbo seguro para él.

—Creo que usted sabe a la perfección cuál es el motivo de mi visita, señorita Shaw.

—En mi última carta le dije a lord Hastings que lo estoy resolviendo —zanjó con vehemencia.

—Pues parece que no es así. Lleva cuatro meses con resultados negativos. A estas alturas los bancos ya no le están otorgando préstamos, ¿o me equivoco? ¿Qué tan cerca está de la bancarrota?

Bernie se quedó en silencio, estaba seria.

Enojada.

Impotente.

—Si lo que desea es tomar cartas en el asunto para salvar la fábrica y proteger los intereses de lord Hastings, y de todos en general, va a tener que hacer algo más que una simple visita sorpresa —respondió. Thomas pudo notar cómo ella se contenía para no elevar su tono de voz que era co-

medido, firme pero tenso—. Ahora, si solo quiere información, no me haga perder mi tiempo. El estado de la empresa es más que clara en los libros contables. Esta fábrica es mi vida, todo lo que tengo. No le estoy ocultando nada a nadie, estoy intentando, de todas las formas posibles, revertir la situación.

La cara de Thomas fue un poema.

—Si no tiene más que agregar, entonces retírese y déjeme trabajar en paz.

Esa fue una afrenta para Thomas. Esa mujer le había lanzado el guante en la cara. Lo estaba desafiando como si él fuera un hombrecillo que no tenía idea de nada, salvo de contabilidad.

Pues podía esperar sentada a que él se quedara de brazos cruzados.

—Me especializo en salvar empresas de la bancarrota, señorita Shaw —replicó, severo—. Si lo que desea es que me retire con mi orgullo masculino herido, está equivocada... Deme un día de su vida para ponerme al tanto de la situación y le prometo que no la dejaré sola hasta que todo esté resuelto.

—No prometa nada que no pueda cumplir, señor Croft —espetó escéptica.

—Usted no me conoce.

—Usted tampoco.

El reto estaba sobre la mesa. Thomas tenía solo una alternativa.

La puerta se abrió de súbito, era Georgie.

—¡Bernie, otro ataque, ahora fue en contra de *Prometeo*! —informó con urgencia.

Bernie entornó sus ojos y dio una larga espiración.

—Quédate aquí, querida, iré ahora —le ordenó a su hermana.

Le clavó la mirada a Thomas, acto seguido, se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta dando largas zancadas. Dio media vuelta y dijo:

—Si desea ayudar, venga conmigo, de lo contrario, la puerta es ancha, procure dejar cerrado. Buenos días.

Thomas se quedó solo en medio del silencio.

Silencio.

La fábrica había dejado de funcionar.

¡Maldición! ¡Esa mujer lo iba a matar!

¡Era una tirana!